

UNA REVOLUCIÓ CIUTADANA

Ponència

Julián Vadillo

Professor associat de la
Universidad Carlos III
de Madrid.

Jornades UPEC
El temps de les Cireres

12 de Maig 2021



Debat:

UNA REVOLUCIÓ CIUTADANA

Participants:

Julián Vadillo, Mathilde Larrère

Autor:

Julián Vadillo

Data:

Dimecres 12 de Maig 2021

Trobareu totes les ponències de Jornades Upec El temps de les Cireres aquí upec.cat

UNA REVOLUCIÓN CIUDADANA. 150 ANIVERSARIO DE LA COMUNA DE PARÍS, 1871-2021

Julián Vadillo Muñoz
Universidad Carlos III de Madrid

Hasta la llegada de las grandes revoluciones, la Comuna de París era el ejemplo a seguir por la inmensa mayoría de las organizaciones y doctrinas obreras, como el fenómeno más acabado de sus perspectivas revolucionarias. En ningún momento el acontecimiento dejó de ser un ejemplo a seguir para los trabajadores organizados del mundo y su reivindicación y recuerdo formaba parte de la estructura de los organismos obreros.

Pero una cuestión que debe abordarse es si aquel acontecimiento fue una revolución heredera del camino abierto en 1789 o marcaba un punto de distinción, inaugurando la era de las revoluciones modernas como antecedente de procesos como la Revolución rusa.

Aunque no se puede restringir su lectura a una cuestión unilateral o binaria, lo cierto es que aquel proceso abierto en marzo de 1871 compartía elementos de ambas cuestiones.

Las raíces de un proceso revolucionario

La era liberal comenzó con la revolución inglesa de 1688 que limitó los poderes del monarca y abrió una posibilidad de libertades individuales en la Europa insular. Aquella revolución, conocida como «Gloriosa», fue la punta de lanza de un periodo agitado que se confirmó durante el siglo XVIII. Ese proceso revolucionario fue acompañado de una profundización de la teoría política, que tuvo en John Locke a uno de sus defensores.

Aquel proceso, que continuó en las colonias británicas de América del Norte en la revolución que se desató a partir de 1776, abrió el periodo de la modernización y, con ella, la aparición de las ideas innovadoras que iban a marcar la historia del siglo XIX.

Sin embargo, la Revolución francesa de 1789 marcó un punto de inflexión por la naturaleza de la misma. Si la revolución inglesa de 1688 fue un fenómeno puramente político y la revolución norteamericana conllevó los conceptos del republicanismo como forma de Estado, la Revolución francesa fue un componente de cuestiones políticas, económicas y sociales. Políticas porque significó el fin del Antiguo Régimen en la cuna del absolutismo monárquico. Económicas porque se puso fin al modelo de explotación feudal y las relaciones señoriales, que se habían mantenido en Francia durante más de mil años. Y sociales porque los componentes de transformación trascendieron a las clases más acomodadas y tomaron protagonismo los desposeídos de la sociedad.

Además, aquel proceso bebió de forma directa de las corrientes más innovadoras de la Ilustración que, aunque la historiografía lo ha reducido a las importantes aportaciones de Voltaire, Montesquieu y Rousseau, fue un fenómeno mucho más profundo, diverso y dinámico.

Aquel proceso de innovación de pensamiento, hay que rastrearlo en personajes como Jean Meslier (1664-1729), que, junto a una crítica al absolutismo y al cristianismo, anticipaba el modelo de economía socialista. Otro autor fue el desconocido Morelly, que basándose en utopistas de la Edad

Moderna anticipaba la creación y desarrollo de sociedades ideales, así como el modelo organizativo federal. Gabriel B. Mably (1709-1785) estableció que el derecho natural está vinculado al comunismo, criticando la desigualdad social y la propiedad privada. Algo que también defendió otro ilustrado, Dom Deschamps (1716-1774), que establecía que el modelo natural del hombre tenía que ser la sociedad comunista.

Durante el proceso revolucionario que se abrió en 1789, junto a todos los grupos como los más famosos jacobinos o girondinos, desarrollaron sus actividades otros que serían clave para el posterior socialismo. En este aspecto tendríamos que destacar a los «exagérés», encabezados por Jean-René Herbert. Publicaron el periódico *Le Père Duchesne* y eran partidarios de la democracia directa. Junto a ellos estaban los llamados «enragés», encabezados por Jacques Roux, que defendían a los trabajadores frente a los abusos de los propietarios.¹

Sin embargo, es probable que el movimiento más conocido en el entorno socialista que se desarrolló durante la Revolución francesa fuera el encabezado por François-Noël Babeuf y su «Conspiración de los Iguales» en el Club Panteón. Babeuf, defensor del ideario comunista, fue crítico con la deriva jacobina, aunque no era partidario de ceder ante las pretensiones contrarrevolucionarias de otros grupos. En el Club Panteón se reunían una serie de personajes avanzados que, aun criticando a los jacobinos, reivindicaban la vuelta de la constitución de 1793. Allí se daban cita Filippo Buonarroti (familiar del arquitecto, escultor y pintor del Renacimiento), Sylvain Maréchal, Darthé o Lacombe. El modelo de Babeuf era la constitución de un consistente movimiento vanguardista que a través de revolucionarios profesionales transformase la realidad. Pero aquel intento de cambiar el rumbo de la revolución no salió del Club Panteón, siendo sus líderes detenidos y algunos de ellos, como Darthé y el propio Babeuf, ejecutados. Aun así, la idea del gobierno revolucionario de Babeuf fue defendida en el futuro por personajes como Blanqui, cuyas aportaciones al proceso de la Comuna de París fueron enormes.

El socialismo francés

Para el anarquista Piotr Kropotkin o para el socialista Jean Jaurès, el socialismo fue un fenómeno francés. Y aunque esa afirmación puede ser exagerada, lo cierto fue que Francia se convirtió en un laboratorio para las ideas socialistas en aquel siglo, que poco a poco fueron asentándose como alternativa al modelo económico capitalista. El peso de la Revolución francesa, del utopismo y de las vertientes socialistas de la Ilustración tiene mucho que ver en el proceso.

En aquel socialismo francés destacaron personajes de primera línea que merece la pena tener en cuenta para comprobar el peso que adquirieron en procesos posteriores como la Comuna.

El primero de ellos sería Claude-Henry de Rouvroy (1760-1825), conde de Saint-Simon. Sus teorías, aunque no se pueden considerar socialistas, parten de una crítica al modelo capitalista que servirá para que sus discípulos, los sansimonianos, sí tengan la etiqueta de socialistas. Para Saint-Simon el motor de la sociedad son los industriales, que serían los

¹ Encontramos referencias a estos personajes y sus movimientos en las obras de Piotr Kropotkin o Jean Jaurès. También en la de historiadores marxistas como Albert Mathiez o Albert Soboul.

fabricantes y productores en una economía de base artesanal. Aunque no interpela a la clase obrera, Saint-Simon considera que el poder tiene que recaer en las manos de estos industriales, ya que su posición determinista de la historia así lo establece. La división de la historia en épocas orgánicas y críticas le hace concluir que su época sería la tercera época crítica donde para establecer el modelo orgánico los industriales tomarían el poder. Lo importante de Saint-Simon es que ese determinismo sería considerado por el marxismo como base de la evolución histórica, además de que los sansimonianos se fueron adhiriendo a los distintos espacios contestatarios del siglo XIX.

El segundo personaje de importancia fue Charles Fourier (1772-1837). Fourier, que creó un movimiento algo más sólido, fue uno de los pensadores del socialismo que más influyó en lo sucesivo, gracias a sus teorías y aplicaciones prácticas a través de los falansterios. Su teoría socialista, muy bien considerada por el futuro anarquismo francés, se expandió por España, EE UU o algunos países latinoamericanos.

Junto a utopistas como Étienne Cabet o Joseph Dejacque, hay que destacar la figura de Louis Blanc y el desarrollo de un socialismo democrático, que poco tuvo que ver en el desarrollo de la Comuna ya que Blanc se opuso a aquel proceso revolucionario.

Los dos pensadores que marcaron la parte doctrinal y de debate que se dio en la Comuna de París fueron Auguste Blanqui (1805-1881) y Pierre-Joseph Proudhon (1809-1865). Blanqui, hombre de acción más que un doctrinario, bebía directamente de la influencia de Babeuf y Buonarroti y creía en la dirección revolucionaria y vanguardista. Un personaje que pasó la mitad de su vida en prisión; fue allí donde le sorprendió el proceso de la Comuna de París. Aunque no participó directamente, sí lo hicieron los blanquistas, que tuvieron sus particulares puntos de vista sobre cómo desarrollar aquel proceso revolucionario.

Por lo que respecta a Proudhon, sus visiones y análisis marcaron la historia del movimiento obrero francés durante muchas décadas y señaló el camino del anarquismo en el país galo. Para Marx, Proudhon fue el primer socialista científico de la historia, y la obra de este anarquista de Besançon es un análisis económico de la sociedad de la industrialización. Junto a esos principios ideológicos, Proudhon desarrolló un modelo organizativo basado en las organizaciones horizontales, en el antiautoritarismo y la defensa de los trabajadores. Muchos de esos principios resultaron clave en el desarrollo de la Comuna de París, así como las concepciones federales que serían decisivas en el proceso revolucionario que se abrió en 1871.

La fundación de la Internacional

Si el socialismo francés y su historia son fundamentales para entender el estallido de la Comuna, la fundación de la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT) también será un eje crucial para este desarrollo. En su origen y desarrollo están el movimiento obrero francés, de raíz proudhoniana, y el británico: una reunión de obreros franceses e ingleses dio como resultado la fundación de la AIT en 1864. Aquí también resultaron fundamentales las figuras de Marx y Engels, que fueron conformando el programa político de la AIT. Aun así, con el paso del tiempo, las visiones de Proudhon y, posteriormente, la de Bakunin fueron generando un debate dentro de la Internacional sobre su modo organizativo y sus finalidades. Esos

debates también quedaron reflejados en la Comuna de París, aunque los internacionalistas no fueron el grupo principal en las jornadas revolucionarias parisinas.

Aun así, el lema «La emancipación de los trabajadores debe ser obra de los propios trabajadores» fue clave para entender parte de los acuerdos y medidas adoptados por los *communards*, muchos de los cuales estaban afiliados a las secciones de la Internacional. Los debates realizados en los distintos comicios de la AIT sobre las sociedades de oficio, educación, las cooperativas de producción y consumo o las libertades políticas también estuvieron presentes en la Comuna de París y su eje es fundamental para entender algunos acuerdos.

El origen de la Comuna

El Segundo Imperio francés que Luis Napoleón Bonaparte había proclamado en 1851 languidecía ante las crisis internas y la fuerte oposición que generó, así como a nivel internacional, donde la posición del emperador francés decaía ante el empuje de la Prusia de Bismarck. Antes de llegar a ese punto, Luis Napoleón III había acometido un profundo modelo de cambio político en el país que provocó una transformación total de la ciudad de París. Con el objetivo de evitar cualquier otro conato revolucionario, la reforma urbana que el barón George-Eugène Haussmann llevó a cabo en París compartía una doble misión: hacer de la capital francesa un lugar moderno y, al mismo tiempo, evitar que en sus abigarradas calles donde proliferaban los revolucionarios se volvieran a repetir episodios como la revolución de 1848. Para llevar a efecto ese proceso, Haussmann comenzó a reformar la parte oeste de la ciudad, permeable y defensora de las tradiciones que encarnaba el bonapartismo, frente a una zona este donde proliferaban los artesanos y los incipientes obreros muy adheridos a las corrientes revolucionarias. No fue baladí esta división en las jornadas de la Comuna.

Sin embargo, la oposición a Napoleón y sus políticas imperiales fue creciendo a lo largo de la década de 1860, y las fuerzas democráticas, republicanas y socialistas fueron tomando cuerpo entre una población que comprobaba cómo las aventuras coloniales hundían sus condiciones materiales.

El periodista francés Victor Noir fue asesinado el 11 de enero de 1870 por el primo del emperador, Pierre Napoleón. Dado que Noir era un periodista crítico con el Segundo Imperio y que se movía en los círculos democrático-republicanos de la capital francesa, su entierro se convirtió en una manifestación de protesta contra las políticas de Napoleón III. Louise Michel rescató aquella jornada en sus memorias según los recuerdos de Henri Rochefort, que sería uno de los líderes de la Comuna.

A esta oposición interior, cada vez más fuerte, se unió el estallido de la guerra franco-prusiana, que marcó el inicio del fin de Napoleón III. Si durante la década de 1860 las relaciones con Prusia habían sido contenidas, una disputa por los candidatos para ocupar el vacante trono español tras la revolución de 1868 fue el pretexto que desencadenó una guerra que acabó con catastróficas consecuencias tras la batalla de Sedán en septiembre de 1870.

La caída del Segundo Imperio francés fue automática, proclamándose una República en una posición complicada, dado que Francia estaba invadida y sitiada por los prusianos; la Asamblea Nacional francesa se trasladó de París a Burdeos.

Comenzó un sitio sobre París, donde los grupos de la oposición al bonapartismo empezaron a criticar a la República al no ser contundente contra los invasores. Esto hizo que las fuerzas opositoras, conformadas por los republicanos más avanzados y los socialistas, tomaran posiciones y ofrecieran una alternativa. Consideraban que aquella República no estaba compuesta por republicanos o estos eran excesivamente suaves frente a Prusia. Razón no les faltaba, más teniendo en cuenta que al frente de aquel gobierno que se estableció en Versalles estaba un antiguo monárquico como Adolphe Thiers.

Para Bismarck, que había proclamado el Segundo Reich alemán en la Sala de los Espejos de Versalles, tomar París era la guinda a un conflicto histórico abierto con el país galo. Sin embargo, la ciudad de París se organizó y, a través de la Guardia Nacional, planteó la resistencia contra los prusianos. Aunque la Guardia Nacional obedecía al gobierno, su posición popular próxima a las posiciones revolucionarias la convirtió en una organización de defensa de la revolución frente a los prusianos y a las medidas del gobierno, al que acusaban de buscar un armisticio en inferioridad de condiciones.

El 2 de marzo de 1871, la Asamblea Nacional determinaba que París ya no era la capital de Francia, dadas las circunstancias, posición que fue aprovechada por los revolucionarios para constituir un Comité Ejecutivo Provisional compuesto por 32 integrantes en el que había tres observadores de la AIT.

La autoridad gubernativa intentó hacerse fuerte gracias al ejército y el 10 de marzo el general Vinoy suspendió las publicaciones de izquierdas que se editaban en París, al mismo tiempo que se decretaba pena de muerte contra Auguste Blanqui, acusado de haber participado en una revuelta contra el gobierno en octubre de 1870. La tensión fue en aumento en los días sucesivos.

El pueblo de París proclama la Comuna

Dadas las circunstancias, el gobierno de Thiers se marcó como objetivo desarmar al pueblo parisino; una de las medidas era hacerse con el control de la Guardia Nacional y de los cañones de la montaña de Montmartre. Pero el 18 de marzo ese intento por parte de los generales Lecomte y Clément-Thomas fue respondido por las fuerzas populares, que se hicieron con el control de los cañones y la Guardia Nacional solidaria con el pueblo. En aquel momento se produjo el único episodio de muerte violenta que se dio en aquella proclamación de la Comuna, cuando el Comité de Vigilancia de Montmartre fusiló a los generales Claude Lecomte y Jean-Léon Clément-Thomas en la rue de Rosiers, a pesar de los intentos de Georges Clemenceau por evitar la ejecución.

A lo largo de aquella jornada del 18 de marzo el pueblo parisino se fue haciendo con el mando en todos los barrios y la ciudad quedó bajo control popular. A pesar de que los blanquistas proponían marchar sobre Versalles y liquidar al gobierno de Thiers, se consideró que era necesario mantener el orden en el interior de la capital francesa, exigiendo el autogobierno de París, la supresión de los consejos de guerra, la amnistía a los presos políticos, la libertad de prensa y la convocatoria de unas elecciones municipales por sufragio universal.

Esa posición fue aprobada por mayoría en las elecciones celebradas el 26 de marzo, donde con una alta participación, a pesar de las condiciones en

las que se desarrollaron los comicios, obtuvo el 83% de los votos y el apoyo popular para la proclamación de la Comuna.

Se constituyó un Consejo General de la Comuna, conformado al principio por 92 miembros y luego por 79 tras una reforma. Una variada representación caracterizó aquella experiencia, que estuvo plasmada por diferentes tendencias. La Comuna fue apoyada por jacobinos, proudhonianos, blanquistas, internacionalistas, republicanos de distintas tendencias, etc. Blanquistas fueron Émile Duval, Eugène Protot, Théophile Ferré o Raoul Rigault. Jacobinos fueron Jules Miot, Charles Delescluzes o Gustav Flourans. Marxistas eran Leo Frankel o Auguste Serrailier. Proudhonianos y bakuninistas fueron Benoît Malon, Eugène Varlin, Jean-Louis Pindy o Jules Vallès.

Sin embargo, estas categorías no son cerradas. Hubo jacobinos y blanquistas que eran a su vez afiliados a la Internacional, así como la totalidad de marxistas, proudhonianos o bakuninistas. Los grupos mayoritarios eran los blanquistas y los proudhonianos, siendo estos últimos la minoría más numerosa. Las circunstancias quisieron que este fuera el último acto de ambos grupos como entidades mayoritarias.

Esta diversidad conformó un caleidoscopio revolucionario y una riqueza en los debates no exenta de polémicas. Si los blanquistas querían iniciar una marcha triunfal hasta Versalles y fueron frenados por el resto en marzo de 1871, la creación de un Comité de Salud Pública enfrentó a blanquistas y jacobinos contra internacionalistas y proudhonianos que temían que dicho comité pudiera derivar en una dictadura revolucionaria.

Aun así, la victoria electoral municipal sirvió para proclamar la Comuna y en los edificios oficiales la bandera tricolor fue sustituida por la bandera roja símbolo de la revolución. El 30 de marzo de 1870, el periódico de Jules Vallès *Le Cri de Peuple* decía en letras mayúsculas: «*La Commune est proclamée!*» (Se ha proclamado la Comuna).

Las medidas de la Comuna de París

La proclamación de la Comuna de París inició un proceso de transformación revolucionaria que comenzaba por la propia forma de Estado y organización administrativa francesa. Frente a una Francia apegada al centralismo, la Comuna proclamó su acervo federalista, en el que todos los grupos políticos defensores de la Comuna, incluidos los jacobinos, se sintieron identificados. Bien es verdad que aquella visión federalista tenía mucho que ver con el modelo de Proudhon y su *Principio federativo*, pues la idea era conformar una República francesa de comunas autogestionadas. Aquí la influencia anarquista fue mayor que la de cualquier otro grupo.

El modelo social de la Comuna se basaba en el reparto de la riqueza y en una exhaustiva división del poder. El Consejo quedó dividido en órganos ejecutivos, militares, de subsistencia, finanzas, justicia, seguridad, trabajo, industria, servicios públicos y enseñanza.

Una de las primeras medidas que adoptó la Comuna fue la relativa a la vivienda, mediante la cual se aseguró una vivienda a todos los trabajadores y una moratoria en el pago de alquileres. Se requisaron los pisos vacíos y se pusieron a disposición de todos aquellos que no tenían donde vivir.

Igualmente, todos los objetos que habían sido empeñados en los montes de piedad fueron devueltos a sus propietarios y sus deudas quedaron

canceladas. También se aprobaron medidas inmediatas de apoyo a viudas, huérfanos y heridos de la Guardia Nacional.

Se constituyeron comedores populares, al estilo de las históricas marmitas, para que las comidas básicas fueran adquiridas por los trabajadores. Algo que fue viable gracias al control que la Comuna ejerció sobre el importante excedente de productos que había en París.

En lo que respecta al funcionariado, este sería elegido por sufragio universal y su salario equiparado al de un obrero. En esta línea, la Comuna se dotó de toda una reglamentación laboral, gracias a la intervención de integrantes de la Internacional. Se prohibió el trabajo nocturno en las panaderías, se persiguió el trabajo clandestino, los pliegos de obra pública deberían incluir un salario mínimo. Igualmente, se crearon bolsas de empleo, siguiendo el ejemplo de las bolsas de trabajo clásicas, que serían la base del posterior sindicalismo revolucionario. Se redujo la jornada laboral y se comenzó a vislumbrar el control obrero en las empresas.

A nivel jurídico, se reconoció el matrimonio civil y las uniones libres. Los hijos nacidos de tales uniones eran legítimos. Toda la justicia sería gratuita y se dignificaron las condiciones de vida de las prisiones. Por otra parte, el 2 de abril de 1871 la Comuna aprobó la separación Iglesia-Estado, por lo que era una sociedad laica, 35 años antes de que fuese adoptada por la República francesa, en 1905.

Al frente de educación, las figuras de Édouard Vaillant o Louise Michel fueron fundamentales. Se realizó una reforma educativa integral con el fomento de las enseñanzas primaria, secundaria y formaciones profesionales. Aunque la coeducación de sexos no se alcanzó con la Comuna, la reforma afectaba tanto a escuelas de niños como de niñas. Los maestros tendrían igualdad salarial, fuesen hombres o mujeres, y todos los símbolos religiosos y confesionales desaparecían de la educación.

La cuestión religiosa también fue abordada por la Comuna. Lejos de la imagen legada y del laicismo de la Comuna que rompía con el concordato napoleónico de 1802, el culto religioso no fue prohibido aunque no tuvo ningún apoyo de la administración comunera. Las misas y el culto religioso se desarrollaron con completa normalidad los meses que duró la Comuna. A pesar del anticlericalismo social de los *communards*, solo en las jornadas de la llamada Semana Sangrienta apareció la violencia contra el clero, cuando en aplicación del Decreto de rehenes fueron fusilados el arzobispo Georges Darboy y otros prelados. La negativa de Thiers a canjear a Darboy por Blanqui y los fusilamientos en Versalles de Flourans y Duval marcaron este luctuoso suceso.

El civilismo de la Comuna

Junto a las disposiciones administrativas y jurídicas, la Comuna de París fue un ejemplo de civilismo entroncando con la tradición republicana. El cambio de la bandera tricolor por la roja respondía al mecanismo de transformaciones que marcaban una nueva era. Al mismo tiempo, se recuperaron los meses de la Revolución francesa, por lo que el calendario gregoriano fue sustituido por el revolucionario (pluvioso, ventoso, germinal, floreal, pradiar, mesidor, termidor, fructidor, vendimiario, brumario, frimario, nivoso).

La pena de muerte quedó abolida y las guillotinas fueron destruidas a los pies de la estatua de Voltaire. Símbolos como la casa de Thiers en París o la Columna Vendôme, erigida por la victoria de Napoleón tras la batalla de Austerlitz, fueron demolidos.

Se desarrolló un modelo de democracia directa basado en la tradición de los grupos minoritarios de la Revolución francesa y en el modelo organizativo libertario. Proliferaron el debate abierto y los clubes políticos, que los hubo de todos los colores: Les Jacobins, Le Club de la Marseillaise, Le Club des Femmes Patriotes, Club Délivrance, La Révolution Sociale, Démocratique Socialiste, etc. Algo que también se vio en la prensa, donde aparecieron periódicos de todas las tendencias, incluso aquellas que eran críticas u opositoras a la Comuna. Estos últimos solo fueron suspendidos en los momentos finales del enfrentamiento entre la Comuna y Versalles.

El mundo del arte y de la cultura también se posicionó junto a la Comuna. Gustave Courbet, uno de los padres del realismo artístico francés, impulsó la Federación de Artistas que contó con el apoyo de personajes como Édouard Manet u Honoré Daumier. Intelectuales anarquistas como los hermanos Reclus también apoyaron la Comuna. Otros fueron críticos, como Émile Zola o Victor Hugo, u opositores frontales, como Gustave Flaubert.

En esta explosión de una sociedad políticamente activa, la mujer desempeñó un papel protagonista en las jornadas de la Comuna. Mujeres como Nathalie Lemel, Elisabeth Dmitriev, André Léo, Paule Minck o Louise Michel tuvieron un papel activo. Las mujeres impulsaron sus propios clubes y constituyeron la Union des Femmes pour la Défense de Paris. Asimismo, ocuparon puestos de responsabilidad, de defensa de la ciudad y pusieron en funcionamiento la economía parisina. Sin embargo, la historia legó una imagen antifeminista en la que las mujeres comuneras eran llamadas «petroleras» (*pétroleuses*) o mujeres incendiarias, tal y como habían presentado también a las «tricotadoras» (*tricoteuses*) de la Revolución francesa.

La Semana Sangrienta

No obstante, a pesar de las medidas que se habían adoptado, ni el gobierno de Versalles ni los prusianos iban a permitir el desarrollo de la experiencia parisina. Al calor de los sucesos de París, otras ciudades de Francia proclamaron sus comunas: Lyon, Burdeos, Narbona, Marsella, etc. Sin embargo, todas ellas fracasaron y el sueño de crear una República federal de comunas en Francia se vino abajo.

Al mismo tiempo, los versalleses, que ya habían firmado el armisticio con los prusianos en la paz de Frankfurt, se rearmaron para liquidar a los comuneros con el beneplácito de los prusianos. El gobierno de Thiers no iba a tener clemencia con los insurrectos parisinos. Presos *communards* como Gustave Flourans o Duval fueron fusilados en Versalles en abril de 1871. Pero la ofensiva final contra la Comuna de París se iniciaría el 21 de mayo de 1871 con Gaston Alexandre-Auguste de Gallifet y Patrice de Mac-Mahon a la cabeza, que abordaron la invasión de la ciudad por la zona oeste, aquella que Haussmann había reformado y que se sentía identificada con la tradición. Una represión calculada contra todos los defensores de la Comuna. Líderes carismáticos como Delescluze, Dombrowski, Varlin, Rigault, etc., fueron fusilados. La represión alcanzó cotas de terror, pues eran ejecutados de forma arbitraria ancianos a los que se consideraba que habían apoyado también la revolución de 1848.

Se calcula que 30.000 comuneros fueron fusilados en aquellas jornadas represivas que duraron hasta el 28 de mayo. Jornadas que se extendieron a posteriori, con consejos de guerra en los que se condenó a más de 14.000 personas, algunas a muerte y otras a penas de cárcel y destierro. Louise Michel fue deportada a Nueva Caledonia.

La represión no solo fue física y política, sino también psicológica, ideológica y social. Se prohibió a los franceses pertenecer a toda organización revolucionaria internacional, persiguiendo las estructuras de la AIT. Cualquier comentario en favor de la Comuna era motivo de delito y fue surgiendo una literatura anticomuna que presentó el proceso como una maldición divina.

Hubo que esperar a 1879 para que se aprobase una amnistía parcial y a 1880 para que se produjera una amnistía general y la vuelta de los comuneros a Francia. Fue el momento en el que empezó a recomponerse el movimiento obrero bajo los parámetros de partidos políticos -con personajes como Paul Lafargue, Jules Guesde, Jean Jaurès o Édouard Vaillant- o de los preceptos del anarquismo y del sindicalismo revolucionario de Tortelier, Philippe Pelloutier o Émile Pouget.

La Comuna estuvo siempre en el imaginario colectivo del movimiento internacional, tuviese el apellido que tuviese, y el 18 de marzo se convirtió en una fecha de conmemoración. También hay que destacar que la Comuna de París legó una importante iconografía y cancionero, entre ellos el poema «La Internacional», escrito por el *communard* Eugène Pottier y al que se dio música en 1888 gracias a Pierre Degeyter.

Un proceso revolucionario que es necesario visitar.

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

- VADILLO MUÑOZ, Julián (2017). *Del pensamiento a la organización. Socialismo en el siglo XIX*. Madrid, Queimada Ediciones.
- CEAMANOS, Roberto (2014). *La Comuna de París (1871)*. Madrid, Los Libros de la Catarata.
- MICHEL, Louise (2013). *La Comuna de París. Historia y recuerdos*. Madrid, LaMalatesta Editorial.
- MERRIMAN, John (2017). *Masacre. Vida y muerte en la Comuna de París (1871)*. Madrid, Siglo XXI.

Julián Vadillo Muñoz

Historiador y profesor en la Universidad Carlos III de Madrid. Doctor en historia por la Universidad Complutense de Madrid (UCM), especializado en historia del movimiento obrero, es autor, entre otros libros, de *Socialismo en el siglo XIX*, *Historia de la CNT. Utopía, pragmatismo y revolución* e *Historia de la FAI. El anarquismo organizado*.